

**6ª Oración Extraordinaria de todas las Iglesias  
por la Reconciliación, la Unidad y la Paz**

**Concatedral del Patriarcado Latino de Jerusalén, 11 de junio de 2011**

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Sed bienvenidos a nuestra concatedral de Jerusalén, donde nos hemos reunido, llegados de todos los ámbitos (lenguas, culturas y tradiciones diferentes), con la intención de orar juntos por la Reconciliación, la Unidad y la Paz. Saludo igualmente a todos los que se unen a nosotros en el mundo entero gracias a los medios de comunicación, en comunión con su Iglesia-Madre de Jerusalén. De corazón, doy las gracias a todos los que han hecho posible este encuentro, a todos aquellos que tuvieron la primera idea de esta iniciativa, inspirada para responder a la urgente necesidad de una oración de intercesión común de todos los cristianos.

«*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti*» (Jn 17,21): las palabras que Jesús pronuncia en el Evangelio que acabamos de escuchar resuenan en nuestros corazones de una forma especial en esta víspera de Pentecostés y en este día de oración extraordinaria de todas las Iglesias, comenzando por Jerusalén. Desde aquí, desde la Ciudad Santa, «Ciudad de Paz» –que, sin embargo, no conoce la paz–, debe brotar la esperanza. Aquí radica el epicentro de nuestra fe, aquí la geografía y la historia de la Salvación tocan nuestras vidas. No podemos permitir que la Ciudad de Dios traicione su vocación. Como cristianos, debemos meditar sobre estos tres dones: la Reconciliación, la Unidad y la Paz, con el fin de pedirlos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas. Se trata, en efecto, de tres dones estrechamente vinculados entre ellos.

**La reconciliación, en primer lugar.**

En la segunda carta de San Pablo a los Corintios, esta reconciliación es presentada como algo perteneciente a la entraña misma de la vida de todo cristiano, pues la misión de Cristo ha consistido precisamente en reconciliarnos con el Padre. Se trata de una iniciativa de la gracia divina: «*Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo*» (2Cor 5,18a). Pero el Apóstol continúa: «*Dios nos encargó el ministerio de la reconciliación*» (2Cor 5,18b). Nuestra naturaleza, herida por el pecado, nos apartó del Padre, pero Él se volvió hacia nosotros para devolvernos la plena comunión con Él: ésta es la Buena Nueva que hemos de anunciar al mundo. Nuestra tarea consiste en proclamar a todo el mundo, con San Pablo: «*Nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él*» (2Cor 5,20-21). ¿De verdad somos conscientes de esta misión? ¿De verdad somos sabedores de que la raíz de todo mal no es otra que este habernos alejado de Dios? Cada día somos invitados a renovar esta experiencia de reconciliación con Dios, pero también con nuestras familias y amigos, e incluso con nuestros enemigos, particularmente en esta tierra marcada por los rencores.

**Una vez reconciliados, la unidad podrá convertirse en realidad.**

La unidad sólo es posible con la reconciliación, pues sólo por medio de ésta podemos llegar a ser miembros del Cuerpo de Cristo. Esta percepción de una salvación común mediante la reconciliación con Dios nos conduce a la unidad. En este sentido, no podemos llamarnos cristianos si no deseamos y buscamos con perseverancia esta unidad entre nosotros, si no suplicamos que sea una realidad

entre nosotros. Sólo así podremos dar testimonio. Pues, si bien es verdad que hay muchos miembros, también es cierto que no hay sino un solo Cuerpo, el de Cristo, a quien todos nosotros estamos unidos por medio del Espíritu. Nosotros queremos comprometernos siempre más en esta búsqueda de la unidad en la diversidad, favoreciendo sobre todo el diálogo ecuménico. Así lo podemos leer en la Encíclica *Ut Unum Sint* (“Que todos sean uno”), del beato Juan Pablo II, que habla precisamente de la importancia de este diálogo: «*La Iglesia católica asume con esperanza la acción ecuménica como un imperativo de la conciencia cristiana iluminada por la fe y guiada por la caridad. (...) La unidad de los cristianos tiene su fuente divina en la unidad Trinitaria del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*» (UUS 8). Por tanto, el modelo que debemos seguir no es otro que el de la Trinidad, modelo perfecto de la unidad en la diversidad. Un objetivo ambicioso que ciertamente no podremos alcanzar por nuestras solas fuerzas. Pero el Espíritu vendrá en ayuda de nuestras debilidades, igual que lo hizo con los Apóstoles encerrados en el Cenáculo, replegados sobre sí mismos hasta que llegó el aliento y el fuego.

### **La paz es el fruto natural de la reconciliación.**

Más todavía: la reconciliación es la condición indispensable para que llegue la paz. En Tierra Santa se invoca la paz en cualquier circunstancia, está presente hasta en las palabras diarias de saludo. A pesar de esto, hemos de constatar con dolor su ausencia efectiva, como si el Mal se cerniera sobre la Ciudad Santa, la misma ciudad que el Señor escogió para su morada, la misma ciudad de donde debe brotar la esperanza para todo el mundo. Es indispensable que esta paz tan deseada se verifique primero en nosotros y entre nosotros, que somos hijos del Padre. ¿Acaso no nos dicen las Bienaventuranzas: «*bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios*» (Mt 5,9)? En estos tiempos históricos de convulsiones en toda nuestra región, cuando parece levantarse un viento nuevo que puede sacudir los yugos que oprimen a los pueblos, y mientras Tierra Santa parece permanecer en una tensa calma, nosotros estamos llamados a mantener viva esta esperanza. Esta paz interior es el primer paso hacia una paz entre las naciones. Una paz que sólo puede ser concedida por Dios. Tenemos que invocar a su Espíritu, para que Él inspire a nuestros gobernantes, a los que tienen en sus manos el destino de los pueblos, frecuentemente cegados por los intereses y el pragmatismo, de forma que puedan dejarse guiar por este camino y actuar con audacia en favor de la paz.

Queridos hermanos: podemos caer en la tentación de pensar que nuestras oraciones son inútiles, que lo importante son las declaraciones políticas, que éstas pueden ser más poderosas que las peticiones que nosotros hacemos... Os exhorto con toda mi fuerza: ¡no perdáis la esperanza, creed en la eficacia de la oración! Los políticos, por sí solos, no alcanzarán la paz, ni los teólogos por sí solos la unidad de la Iglesia. Es la oración la que puede cambiar al mundo. La oración es el lugar del «*combate de la fe y una victoria de la perseverancia*» (Catequesis de Benedicto XVI sobre la oración: 25 de mayo de 2011). Y el Señor escuchará el grito de sus hijos.

Desde Jerusalén, desde los lugares mismos de nuestra salvación, me atrevo a pedirlos que recéis por nosotros: para que nuestras comunidades cristianas que viven en Tierra Santa conozcan un nuevo Pentecostés, para que se conviertan en comunidades capaces de cumplir la voluntad del Padre, que consiste en amar... Y para que se conviertan así en un signo de Reconciliación, de Unidad y de Paz para el mundo.

Gracias a todos.